

Varones con “hambre de padre”

Por Sergio Sinay

¿Qué tema puede conmover con mayor facilidad a un varón? Para facilitar la respuesta voy a dar una lista de contestaciones incorrectas: no es el equipo de sus amores, no es el último modelo de su marca de autos favorita, no son los saltos y caídas de la Bolsa, no son las fotos de lolitas y lolotas semidesnudas en las playas de moda. Por supuesto, estos temas (fútbol, autos, negocios, mujeres) movilizan a un hombre, pero no conmueven su interioridad. Actúan sobre lo más obvio de la epidermis “masculina”, pero no rozan la pulpa de su mundo emocional.

Mis propias vivencias como varón y mi experiencia en el trabajo con hombres me convencen de que el tema que, más tarde o más temprano, atraviesa infaliblemente las más gruesas corazas varoniles es el del vínculo del hombre con su padre. En la mayoría de los varones que hoy son adultos anida (silencioso o silenciado, conocido o ignorado) un *hambre de padre*. Es el resultado de haberse “hecho hombre” sin una guía emocional que les ofreciera modelos reales, cercanos, palpables para conectarse con sus propias emociones y sentimientos, con sus dudas y temores, con sus ansiedades e incertidumbres.

El modelo paterno generalizado que tuvieron quienes hoy son hombres se agota en el cumplimiento de los “deberes” materiales (proveer apellido, techo, alimento, estudios o un espacio laboral). Los padres se ocupaban de eso porque lo consideraban su obligación, y por qué no, su orgullo. Se ausentaban, incluso, para lograrlo. “Me dediqué a trabajar para que no te falte nada”, argumentan muchos con razón. Y sin razón. Porque, en verdad, a sus hijos les terminó faltando algo esencial: la presencia cercana, esencial, emocional, palpable del padre. Así, del progenitor de su mismo sexo terminaron obteniendo un modelo parcializado: les mostraba cómo actuar, cómo hacer, pero no los guiaba en el sentir y, mucho menos, en la expresión de lo afectivo. Por supuesto, esos padres difícilmente podían transmitir lo que tampoco ellos habían recibido.

Estas carencias no son poca cosa. Para los hijos, el padre aparece como el arquetipo básico de lo que es ser hombre. Si en ese referente la manifestación emocional está ausente, si la intimidad afectiva no es una presencia constante, nutricia y explícita, el hijo varón sentirá que, como hombre, no “debe” expresar sentimientos, que lo “deseable” es contenerlos, disimularlos, mucho más cuando se trata de exteriorizarlos a otro varón.

La próxima “víctima” de este modelo será el hijo de este hombre. O no. Aquí es donde el *hambre de padre* puede actuar como un elemento transformador. Cuando digo que este tema es el que verdaderamente conmueve los sentimientos esenciales de un varón, señalo una experiencia repetida, según la cual cuando se plantea este tema en un espacio de hombres en el que hay un mínimo de confianza, casi todos empiezan a confesar las asignaturas emocionales pendientes que tienen con sus padres. Es, quizá, el dolor más sensible, íntimo y silenciado que habita en cada varón. Ese *hambre* (por las cosas emocionales no compartidas, por los momentos no vividos en común, por las palabras necesitadas y no recibidas, por los gestos ausentes), puede convertirse en resentimiento contra un padre aún vivo o ya ausente. Y esto es inútil, porque no modifica nada, y hace que el sentimiento se convierta en algo crónico. O puede despertar en el varón que lo siente la decisión de ser, él, un padre diferente, presente, capaz de abrir (con, ante y para sus hijos) sus emociones, alegrías, dudas, temores, esperanzas, desconciertos, dolores y sueños.

Además, un hombre que decide ser un padre diferente será distinto en su pareja, en su trabajo, con sus amistades. Sus sentimientos tendrán más espesor que una camiseta de fútbol, que un último modelo, que una acción de bolsa o que una lolita desnuda. El *hambre de padre* de los varones adultos puede ser alimento emocional nutricional y esencial para una nueva generación de hijos. Sus hijos.